Con temor y temblor intento escribir algo sobre mi forma de orar, porque, primero, se trata de tocar la "pupila de mis ojos" y, segundo, porque quizás sea el tema que más se preste para idealizar y teorizar; lo cual sería corromper en su raíz esta invitación que recibimos de CUADERNOS MONASTICOS.

Me mueve a intentarlo el amor a CUADERNOS MONASTICOS y, desde ya, ardo en deseos de ver ese precioso N° 38-39 que se prepara. Procuraré transmitir dos o tres ideas, pero con la conciencia clara y lúcida de ser un aprendiz o una discípula en el camino de la oración. Y —dicho sea de paso— Dios quiera que pueda morir reconociendo lo mismo; porque mientras "no sepa orar como conviene" será necesaria la presencia del Espíritu Santo que, en realidad, es quien "gime y ora en nuestro interior" (Rom 8).

Estas cosas he aprendido deseando aprender a rezar.

1. *Relación estrechísima entre la oración y la vida.*

a) Tan grande es su interacción que casi diría que quienes deberían hablar de nuestra propia oración, serían más bien nuestros hermanos: es decir los testigos que nos ven *vivir*. No las visitas o las personas que nos oyen *hablar* de vez en cuando, sino aquellos que conviven con nosotros día y noche, verano e invierno, año tras año. Y no porque nos vean rezar tantas horas seguidas o con tal o cual frecuencia (aunque todo esto sea bueno y necesario), sino porque son los testigos más autorizados y documentados de nuestro *esfuerzo de conversión*. Quizás sea éste el signo más claro de una oración verdadera. Y pongo el acento en el término "esfuerzo", queriendo indicar con ello: trabajo, lucha, proceso y camino, no santidad consumada.

Buscar al Señor en la oración nos lleva irremediablemente al cambio de vida, a la "transformación de la mente" (Rom 12,2), a esforzarnos por entrar en sus caminos. Un aspecto de esta relación que se da entre la oración y la vida sería éste que va tomando nuestra propia existencia y transformándola, en un sentido vertical, en profundidad.

b) Otro aspecto se daría, me parece, en un sentido horizontal, de tiempo. Es decir que la oración, el encuentro con el Señor, no se improvisa, hay que prepararlo. Y se prepara a lo largo del día, con la búsqueda humilde de la *presencia del Señor*, con el espíritu abierto y despierto para descubrir las mil formas como Dios nos visita cada día.

2. Así como cada rostro es irreplicable y está expresando una originalidad de Dios, así también, creo que cada hombre debe encontrar su *propio* lenguaje, su forma personal de encuentro con Dios. Y no se trata de imaginación o invento, sino de atención para descubrir el don de Dios. Nadie puede hacerlo en lugar nuestro: los hombres nos ayudan y son necesarios (¡iscrite el Espíritu más maestros de oración!), pero este esfuerzo y búsqueda tenemos que hacerlo nosotros mismos. Y será original como es original la creación y el Amor de Dios para cada hombre.

3. *Es relación personal y en la fe*, con un Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es decir que se trata de una comunicación y comunión con un Dios que tiene tres rostros bien definidos. Estos tres VIVIENTES que actuaron y actúan con respec-

to a nosotros clara y distintamente, solicitan de nosotros una respuesta también diferenciada.

4. Por último, diría que, paradójicamente, *todo* tenemos que hacerlo nosotros y al mismo tiempo, esperarlo *todo* de Dios. Es decir que a nosotros nos toca plantar y regar; trabajar por limpiar y purificar el corazón; vigilar con espíritu despierto; perseverar buscando las presencias y visitas del Señor, etc. Pero todo esto junto, no hace una *vida de oración*. Es el Señor el único que puede hacer brotar la VIDA, el único que puede dar el crecimiento. Todo lo que nosotros hagamos será un esfuerzo humilde, un clamor "de profundis" para que venga el Señor y "haga su morada en nosotros".

Si alguno me ama, guardará mi palabra
y mi Padre le amará
y vendremos a él
y haremos morada en él (Jn 14,23)

Sólo entonces nuestra casa será
"casa de oración" (Mt 21)

SEÑOR JESUS

¡ENSEÑANOS A ORAR!

Hna. María Susana Bove, o.s.b. - Uruguay